

Palabras contra el viento

Literatura bahiense
en las escuelas

» COORDINADORAS

Lucía Cantamutto
Marta Negrin

» AUTORES

Malena Álvarez
M. Agustina Arias
Lucía Cantamutto
M. Alexandra Continanzia
Víctor D'Amato
Antonela Dambrosio
Nicolás Fernández Vicente
Susana Fredotovich
Silvana Gardié
Nadia Guzmán
Agustín Hernandorena
Carolina Lorenzón
Vanessa Quinteros
Verónica Sánchez
Ana Eugenia Sanna Díaz
Ana Paula Tellería



Serie **Extensión**
Colección **Creación Literaria**

Palabras contra el viento : literatura bahiense en las escuelas / Malena Álvarez ... [et.al.] ; coordinado por Lucía Cantamutto y Marta Negrin. - 1a ed. - Bahía Blanca : Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Edius, 2014. 170 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1907-98-4

1. Enseñanza. 2. Literatura Argentina. I. Álvarez, Malena II. Cantamutto, Lucía, coord. III. Negrin, Marta, coord.
CDD 807

Fecha de catalogación: 10/11/2014

Este libro ha sido publicado gracias a un subsidio otorgado por el Fondo Municipal de las Artes, del Instituto Cultural de Bahía Blanca.



Editorial de la Universidad Nacional del Sur

Av. Alem 925 - Tel: 0291-4595173 - 8000 - Bahía Blanca
www.ediuns.uns.edu.ar | ediuns@uns.edu.ar



Libro
Universitario
Argentino

Diagramación interior y tapa: Fabián Luzi

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Bahía Blanca, Argentina, noviembre de 2014

©2014 Ediuns

ÍNDICE

- 5** Croquis
- 9** Introducción
- 15** Un pedazo de barrio, allá en...
- 27** Espacio público y poesía
- 39** Detrás del alambrado
- 55** Otros apuntes sobre el fútbol de las letras
- 61** El almacén de juguetes
- 79** ¿Y si hacemos un poema?
- 99** Todo lo que (no) pasa también es Bahía
- 119** Literatura digital, escritura 2.0: las pantallas en el aula
- 145** Poesía bahiense en loop
- 155** Epílogo: pequeñas alterbiografías.
- 167** Bibliografía general

CROQUIS

VALERIA TENTONI

En este libro se encontrarán con variadas maneras de leer nuestra ciudad, y de escribirla. Con el trabajo de muchos autores que, a su vez, llevan en sí, cada uno, una combinación irreproducible, única e intransferible de lecturas. Leer a los escritores que viven y escriben en una ciudad es, a su vez, un modo de transitar la ciudad. Pero, también, es una manera de tomar posesión, de hacer nuestro ese lugar: de interrumpir la silueta opaca y ordenada con la imaginación que es, como dijo Henry Miller, «la voz del atrevimiento».

Marta Negrin y Lucía Cantamutto se han tomado el trabajo de coordinar este libro que reúne y pone en circulación las obras de no pocos escritores (con propuestas concretas, realizables y generosas) en un ámbito que requiere de todos nosotros, los adultos, una atención definitivamente nueva, original y esforzada: la escuela. Un espacio con el que tenemos una deuda brutal y añeja como sociedad -lo que se traduce, ni más ni menos, en una deuda brutal y añeja con miles y miles de chicos y chicas, una deuda con su valiosísimo, delicado e irrecuperable presente pero, además, una deuda con el futuro.

¿Qué mejor destino puede imaginarse para un poema, una novela o un cuento que un aula? Yo, por lo menos, no podría imaginar uno más rico. Este libro se encarga, entonces, de posibilitar un encuentro guiado entre los pequeños lectores, los docentes y los escritores.

¿Se escribe un lugar para habitarlo?, me pregunto. ¿Se escribe un lugar para perderse en él, para sobrevivirlo, para apropiárselo? ¿Se escribe un lugar para hacerlo infinito? ¿Para detenerlo en un momento, en un lugar, y mirarlo de cerca, tan de cerca como sea posible mirarlo? «El arte es la respuesta, sin duda. Lo que no sabemos muy bien es cuál es la pregunta», escribe en *Bellas artes* Luis Sagasti, quien, en una entrevista, me respondió: «Yo no soy un escritor de Bahía Blanca. Yo vivo en Bahía Blanca. Cuando dicen 'vamos a hablar de literatura bahiense', yo digo que lo mío no es literatura bahiense: para mí es literatura o no es literatura y punto». Tengo que advertir, antes de avanzar, que no podría estar más de acuerdo.

Sí entiendo que puede considerarse, a modo de ejercicio de lectura (que nunca, nunca sobra), una urdimbre caprichosa en la que nos cruce-mos con maneras de estampar esta porción de la galaxia. «El mundo es un ovillo de lana. Una madeja a la que no es fácil encontrarle la punta», avanza Luis en ese libro.

Por mi parte, sospecho que hay tantas ciudades como habitantes y visitantes la acechan. Entonces ¿dónde empieza y dónde termina el *usted está aquí*? El escritor Ricardo Strafacce comentó en su cuenta de Facebook: «Me sorprenden, me maravillan y, sobre todo, me asustan, las personas que tienen certezas. (...) El pensamiento, la poesía, el amor se llevan mejor con la duda». Y yo de nuevo tengo que decir: no podría estar más de acuerdo (aunque no del todo, vamos a dejar un poco de margen para la duda, claro), (pero no demasiado). Sobre todo porque, como advierte el autor de *Los mares de la luna*, «Las palabras pueden construir la verdad pero no llegar a ella». O, como avanza Nicolás Guglielmetti en *Cesar palace*: «El arte / no es un espejo / para reflejar la realidad, / sino un martillo / para darle forma».

Quizás la literatura bahiense no sea otra cosa que un montón de preguntas que se desparraman en hojas impresas, acá y allá, antes y después (de qué, de dónde; vaya uno a saber). Marcelo Díaz, en su *Problema N°1* se pregunta, por ejemplo: «¿Cuánto demora un topo en cavar un túnel que atraviesa una ciudad de trescientos mil habitantes por la noche, si todos permanecen acostados, el topo avanza a razón de 90 centímetros por hora, cuando de pronto alguien enciende una luz y te pregunta: dormís?».

«¿Sería posible volver al momento inicial del ojo fascinado?», se pregunta Mario Ortiz en *Al pie de la letra*, enloquecido con los carteles y las luces de neón, con las palabras atravesadas por el viento del lenguaje, con las que descubre que «la letra es el fruto ensimismado que atrae como causa final», asombro que comparte con Omar Chauvié, en *Escuela pública*, cuando los alumnos reciben un «Ahora pueden salir a la calle y / leer cada palabra que encuentren / cada letra que vean».

Y de ese viento que insiste en detenernos o empujarnos por estas tierras del diablo, también aprovecha Diego Rosake, en *Glándula*: «Peligro que transita por los vientos / chocando contra su pecho / millones de fracasos». «De mover un mueble / a mover el mundo / no hay distin-

ciones», dirá después. «Lo que antes veía por televisión ahora me sucede», escribe Diego Vdovichenko en *Hasta acá*. Y, en otro poema: «Hay un montón de colores que no los conozco porque no los veo». Daniel Martínez, en *Mística sudaca*, escribe: «Hay tantas patrias / amaneciendo lejos de los noticieros».

Hay una pequeña patria escrita entre todos ellos y en el resto de los autores que este libro reúne; un croquis invisible de límites difusos y cambiantes en los que aparecen esquinas y plazas que recuerdan, que quizás antes de ubicarse en ese mapa solamente podían encontrarse en sus cabezas (aunque Mario, por ejemplo, dibuja correctamente en su *Tratado de fitolingüística* cómo llegar en bicicleta a su casa, atravesando cuadras imaginarias). «Hubo una época / en que agendaba los lugares / donde estaban / las flores más lindas de la ciudad: / las mejores hortensias / están frente a la cooperativa de mi barrio», existe, por ejemplo, en el plano de la ciudad de Martínez. En el de Milton López hay espacio para patear: «Atrás del campito donde jugábamos al fútbol / parece un empapelado de edificios, con antenas / que en la tormenta nos protegen de los rayos (...) Si tiro de una punta del cielo y remuevo el empapelado / va a haber mucho campo, para armar partidos», se relame en *El quinto sueño*.

«Tanto poema a la luz del sol», como dice Omar Chauvié: me pregunto a cuántas cuadras queda la esquina de las mejores hortensias de la canchita. ¿Habrá que pasar, por ejemplo, frente a la casa de Enrique en la primera cuadra de Avenida Alem, el extraterrestre que escribió Germán Arens, quien «se desempeñaba laboralmente como instructor de pesas» y a quien «lo caracterizaban la excelencia de sus músculos y una incipiente miopía»? ¿Habrá que llegar al puerto, acercarse al borde de la tierra antes de que comience el presagio del Atlántico? «Es en el mar donde acaban / todos los recuerdos. // Gracias al mar / el hombre descansa de sí mismo», advierte Jorge Santkovsky en *Revelaciones acerca de otras criaturas*. En ese croquis que escriben los que la escriben, también encontramos, en *Poesía civil*, de Sergio Raimondi, otra pregunta: «¿Cómo abaratar costos?» e, inmediatamente: «La respuesta son dos enormes cabezales de tres metros / de ancho que succionan y vuelven a succionar, previa / inyección de chorros de agua a presión para remover / los sedimentos apostados miles y miles de años atrás / en el lecho en sucesivas capas, el canal de acceso / de la ría de Bahía Blanca». «Acá los

■ Croquis

pescadores / bautizan la costa por sus sobresalientes: / punta tejada, / el espigón, / punta alta. / Si raspo con la uña esta parte del mapa / nadie por eso viene / y dispara», sabe Lucía Bianco en *Lo que se encontró tirado*.

¿Se escribe una ciudad para habitarla, para perderla, sobrevivirla, festejarla? ¿Para ponerla en común, para darse compañía? ¿Para quedarse solo? ¿Se lee para qué, por qué? ¿Se escribe para qué, por qué? ¿Se va a la escuela para qué, por qué?

INTRODUCCIÓN

MARTA NEGRIN

El viento, decía Ezequiel Martínez Estrada, nos enseña a luchar contra la adversidad. En la tierra del diablo o *Huecuvu Mapu*, como llamaban a estas extensas salinas desoladas sus primeros pobladores, el viento es el hilo conductor de los días. Viento con olor a puerto que no es olor a mar, viento con arena que no es de playa.

Brisa, ventolina, ventolera, ventarrón o viento huracanado, quienes nos movemos por las calles de Bahía Blanca estamos habituados a reconocer matices, intensidades, direcciones que cambian de un momento a otro, mayor o menor cantidad de polvo en suspensión. Y también sabemos del coraje necesario para caminar por la Avenida Alem o pedalear hasta la Escuela de Agricultura y Ganadería cuando tenemos el viento en contra.

Con similar empeño, “Palabras contra el viento. Literatura bahiense en las escuelas” surge como resultado del intento por transitar a contrapelo de ciertas prácticas y tradiciones fuertemente asentadas en el campo de la enseñanza de la lengua y la literatura.

Una primera arremetida pretende abrir grietas en el canon escolar -entendido como “el corpus de obras y los sistemas de interpretación en los que éste se incluye y significa en el marco de una práctica de enseñanza” (Piacenza, 2012:117)-, de modo de aumentar su permeabilidad frente a nuevas y diversas manifestaciones de la cultura literaria. La incorporación al currículo escolar de algunas producciones locales -con toda la dificultad analítica que implica este atributo y de los debates teóricos que suscita- se propone como una forma de habilitar caminos de reflexión en torno a los pares centro/periferia, alto/bajo, interior/exterior, estabilidad/cambio, tradición/vanguardia y de ensanchar las fronteras de lo canonizado, en el afán de desarticular los conceptos de norma, precepto o prototipo y abrir paso, como dice Andruetto (2009:7), a la idea de literatura como remolino, “siempre desacomodándose”. Implica también la posibilidad de interrogarnos acerca de qué significa la literatura para una determinada región, qué diferencias existen entre los imaginarios locales y los que se pueden descubrir en los textos que forman

parte de la tradición escolar o de qué manera los textos se articulan con el devenir de una determinada "comarca cultural", con sus particulares condiciones de producción y recepción.

La literatura local contemporánea se enmarca, en muchos casos, dentro de un sistema de referencias claramente identificables para los estudiantes y los docentes. Es posible que el reconocimiento de una esquina, de la plaza del barrio o el arroyo -a veces oculto- que atraviesa la ciudad, de algunos vecinos más o menos célebres, provoque discusiones en el aula. ¿Es "lícito" hacer un poema a partir de un descampado convertido en improvisada canchita de fútbol? ¿Qué lugares, historias o huellas del paso del tiempo se pueden hacer visibles mediante la literatura? ¿Cómo nombrarlos, denominarlos, encontrar cada una de las palabras precisas para delimitarlos? ¿Acaso la literatura no exige el empleo de términos elevados, de un "lenguaje dominguero" como diría Claire Blanche-Benveniste (1986)? ¿Puede un conjunto de "definiciones insólitas, de dudosa justificación, de nombres hilarantes y muchas veces de imposible referencia» -como define Jorge Mux al *Exonario*- considerarse literatura? Al calor de estas preguntas, y de muchas otras -impensadas, acaso- que podrán surgir en cada contexto, con cada grupo de alumnos¹, se abre la posibilidad de desplegar saberes específicos del campo de la lengua y la literatura.

La desmitificación de la figura del escritor y del trabajo de producción literaria es otro de los efectos deseados por esta propuesta, en tanto podría contribuir a modificar ciertas representaciones inhibitorias para el desarrollo de las habilidades de escritura de los alumnos. Cuando en el año 1986, desde las páginas de la *Pratiques*, una revista de lingüística, literatura y didáctica, Michel Charolles examinaba algunas de las razones del fracaso de la enseñanza de la escritura en las escuelas francesas, descubría cierta representación -generalizada entre alumnos y docentes-, que asocia la escritura a un don que sólo algunos privilegiados poseen, una especie de talento que no se adquiere ni se desarrolla a fuerza de

¹Para que la lectura del texto resulte más sencilla, se ha evitado utilizar conjuntamente el género femenino y el masculino en aquellos términos que admiten ambas posibilidades. Así, cuando se habla de alumnos, estudiantes, docentes, se entiende que se refiere a los alumnos y a las alumnas, a los y las estudiantes, los y las docentes y aludir a los profesores no excluye la existencia de profesoras.

trabajo. En el mismo artículo, Charolles pasa revista a algunas de las estrategias puestas en juego en Francia para contrarrestar las razones del fracaso. Una de ellas hace referencia al encuentro con escritores o a las visitas de escritores a las escuelas, para que los alumnos puedan dialogar con ellos y hacerles preguntas referidas a su trabajo de producción.

¿Qué ocurre en el aula cuando quien escribe puede sentarse frente a nosotros y leernos en voz alta, o cuando un libro de poemas lleva el nombre de un vecino al que hemos visto tantas veces en las calles del barrio? Es probable que estas escenas nos permitan descubrir ese efecto desmitificador y ver cómo comienzan a socavarse algunas certezas largamente acuñadas por la tradición escolar: que la literatura –y especialmente la poesía– es asunto de unos pocos elegidos, privilegiados por las musas o que los escritores son todas “personas fallecidas”.

Esta interacción, seguramente, también dejará su huella en los autores, quienes tendrán la posibilidad de ampliar los contextos de recepción de sus obras y de conocer otras lecturas de sus textos, las lecturas múltiples que los adolescentes y jóvenes de nuestra ciudad son capaces de hacer de la literatura que aquí se gesta y circula.

Por otra parte, los profesores de lengua y literatura sabemos que la sola disponibilidad de textos y de situaciones de lectura no garantiza, por sí misma, la apropiación de los textos literarios y que la enseñanza, entendida como práctica institucional, requiere de distintos modos de intervención docente, encargados de “aportar esa diferencia en el trabajo con la lectura y la escritura que la escuela secundaria puede proporcionar” (Bombini, 2006:69).

Es a partir de esta convicción de donde surge la segunda embestida contra el viento: el libro incluye una serie de propuestas didácticas que entraman lecturas y escrituras, uso de la lengua oral y reflexión sobre la propia producción, invitaciones a interrogar los textos, a discutir sentidos, a volver a escribirlos desde perspectivas distintas o experimentar nuevas escrituras. No se trata este libro de un repertorio de recetas ya probadas por expertos y que, por ende, garantizan el éxito independientemente de contextos y destinatarios. *Palabras contra el viento* está concebido, más bien, como un dispositivo didáctico abierto y flexible, una propuesta que aspira a que cada docente se apropie de él y tome decisiones sobre los modos que elige para llevar adelante sus prácticas de enseñanza.

Los nueve capítulos - “Un pedazo de barrio, allá en...”, “Espacio público y poesía”, “Detrás del alambrado”, “Otros apuntes sobre el fútbol de las letras”, “ El almacén de juguetes”, “¿Y si hacemos un poema?”, “Todo lo que (no) pasa también es Bahía”, “Literatura digital, escritura 2.0: las pantallas en el aula” y “ Poesía bahiense en loop”- constituyen personales recorridos de lectura, acompañados de perspectivas teóricas y metodológicas que sustentan lo que se presenta como unos modos posibles de enseñar literatura en la escuela.

Finalmente, este libro es el resultado de un trabajo de elaboración colectiva, que se inició durante los encuentros del taller “La literatura bahiense en la escuela secundaria”, desarrollado en 2012 en el marco del Programa de Capacitación Gratuita para Docentes de Universidades Nacionales, Acuerdo Paritario ADUNS-UNS. Quienes participamos de esa instancia -profesores con una vasta experiencia en las aulas, profesores principiantes, una bibliotecaria y estudiantes avanzados del profesorado en Letras- compartimos lecturas, confrontamos miradas, narramos experiencias y formulamos hipótesis de propuestas posibles para la aulas propias y ajenas. El libro da cuenta, de alguna manera, de esa diversidad de perspectivas y trayectorias. La tercera arremetida, entonces, desafía la comodidad de adoptar indicaciones de especialistas que deciden qué y cómo tenemos que hacer quienes transitamos la cotidianeidad de las aulas y nos coloca como autores del *currículum*, como trabajadores de la cultura comprometidos en la construcción de las propuestas de enseñanza y no simples marionetas que actuamos los conceptos y la selección de textos que han formulado otros (Gerbaudo, 2006).

Una última aclaración: dado que resulta casi imposible abarcar la totalidad de autores y obras inscriptos en la “literatura bahiense” que se escribe en estos días y la que se ha escrito hace ya un tiempo, este volumen sólo recoge algunas muestras. Confiamos en que, a partir de esta iniciativa, los docentes podrán habilitar el ingreso a las aulas de otros escritores, producciones y géneros que, sin dudas, contribuirán a ensanchar la experiencia cultural de los alumnos.

A fin de complementar los textos, creímos necesario incorporar biografías de los autores y para ello hemos recurrido a un pequeño artilugio: convidamos a cada autor a escribir la *alterbiografía* de otro de los autores que aparecen en el libro. Este juego dio lugar a la aparición de diferentes

voces y habilitó la posibilidad de definir al otro según la perspectiva que cada uno de los invitados quiso adoptar.

En la primera parte de *Al pie de la letra*, de Mario Ortiz, leemos el siguiente diálogo:

“Leí tus libros, hormiguita. Bueno, no es el tipo de poesía a la que estoy acostumbrada. Sin embargo, algunos fragmentos me gustaron; el título, por ejemplo: “Cuadernos de Lengua y Literatura”. Parece el nombre de un manual de secundario.

Y sin embargo, es más bien al revés: son ejercicios de un alumno: no el poema como algo acabado, sino un momento provisorio del lenguaje”

También de eso se trata este libro, de un momento provisorio en la enseñanza de la literatura en las escuelas.